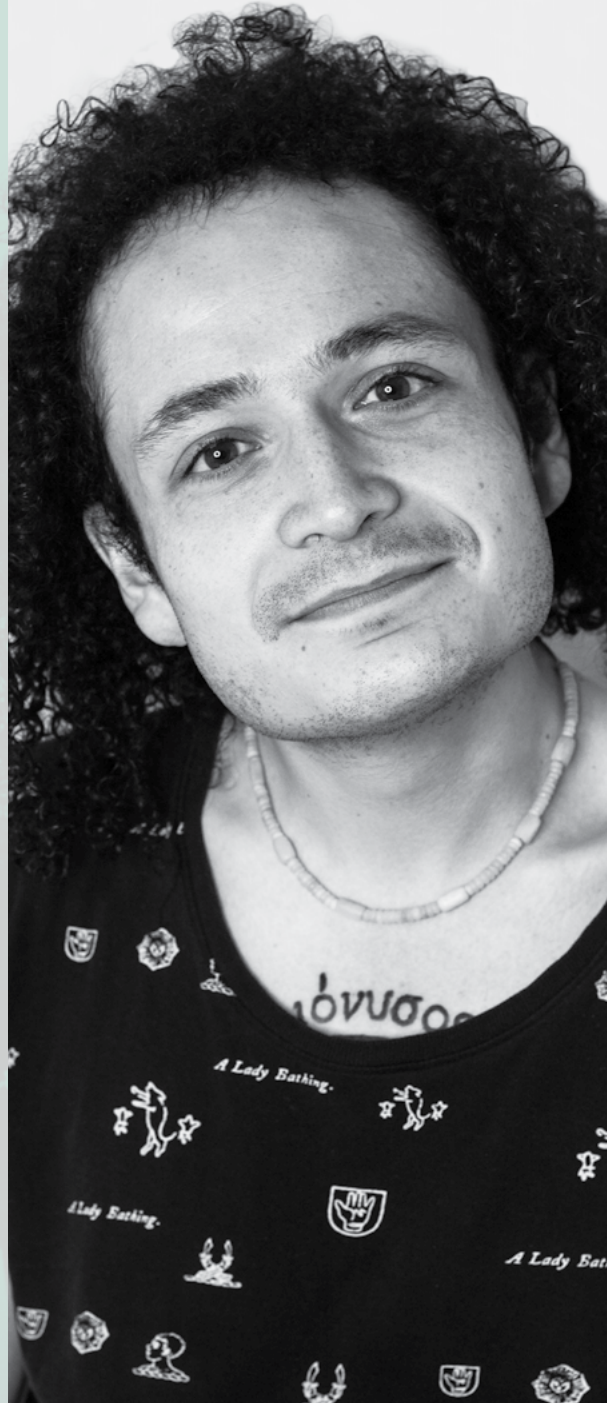


LOS DECIRES QUE NOS PIENSAN Y NOS HABITAN. SENTIDO E IDEOLOGÍA EN LA LENGUA COMÚN



CARLOS RODRIGO VÁZQUEZ VALDÉS

jóvenes ◊ pasión y libertad | pensamiento | filosofía



Los decires que nos piensan y nos habitan. Sentido e ideología en la lengua común



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO



Universidad Autónoma
del Estado de México

Alfredo Del Mazo Maza
Gobernador Constitucional

Marcela González Salas y Petricoli
Secretaria de Cultura y Turismo

CONSEJO EDITORIAL

Consejeros

Marcela González Salas y Petricoli

Rodrigo Jarque Lira

Gerardo Monroy Serrano

Jorge Alberto Pérez Zamudio

Secretario Ejecutivo
Alfredo Barrera Baca

Comité Técnico

Alejandro Pérez Sáez

Rodrigo Sánchez Arce

Laura G. Zaragoza Contreras

Doctor en Ciencias
e Ingeniería Ambientales
Carlos Eduardo Barrera Díaz
Rector

Doctora en Humanidades
María de las Mercedes Portilla Lujá
Secretaria de Difusión Cultural

Doctor en Administración
Jorge Eduardo Robles Alvarez
Director de Publicaciones Universitarias

LOS DECIRCOS QUE NOS PIENSAN Y NOS HABITAN

Sentido e ideología en la lengua común

Carlos Rodrigo Vázquez Valdés

JÓVENES. PASIÓN Y LIBERTAD | FILOSOFÍA



Los decires que nos piensan y nos habitan. Sentido e ideología en la lengua común

© Primera edición: Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México / Universidad Autónoma del Estado de México, 2022

D. R. © Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México
Jesús Reyes Heróles núm. 302,
delegación San Buenaventura, C. P. 50110,
Toluca, Estado de México.
ceape.edomex.gob.mx

D. R. © Universidad Autónoma del Estado de México
Instituto Literario núm. 100, Oriente, C. P. 50000,
Toluca, Estado de México.
www.uaemex.mx
publicaciones@uaemex.mx

© Carlos Rodrigo Vázquez Valdés, por el texto y la introducción

ISBN (colección GEM): 978-607-5910-11-6

ISBN (colección UAEMÉX): 978-607-633-837-7

ISBN (GEM): 978-607-5910-13-0

ISBN (UAEMÉX): 978-607-633-841-4

Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
CE: 226/09/17/22

Coordinación editorial: Alejandro Pérez Sáez y Jorge Eduardo Robles Álvarez
Diseño y formación: Jesús Daniel Pichardo Vargas
Cuidado de la edición: Erika Yanet Medina Trinidad

El contenido de esta publicación es responsabilidad exclusiva de la autoría.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos patrimoniales.

Hecho en México / *Made in Mexico*

Nadie puede cuestionar que el mundo actual demanda acciones eficaces en todos los campos de la vida. Las generaciones jóvenes asimilan la información de su realidad histórica, la procesan y van fraguando gradualmente una voz propia. Esa voz que se alza frente al orden establecido debe ser escuchada, porque es portadora de la simiente del pensamiento evolutivo, del paso que marca el cambio de una generación a la siguiente.

Por ello, la Secretaría de Cultura y Turismo no escatima esfuerzos en la creación de diferentes vías que ayuden a la maduración del talento joven, a la difusión de sus ideas estéticas a través de la creación intelectual y artística, alimento del pensamiento humanista que, hoy por hoy, es el camino más firme hacia la paz mundial.

Conscientes de estos principios, nos hemos dado a la tarea de abrir nuestras puertas a jóvenes artistas y pensadores mexicanos que destacan en los diversos géneros literarios: novela, cuento, ensayo, poesía y dramaturgia; en la reflexión y el pensamiento filosófico, histórico, antropológico y social; en las artes plásticas como pintura, grabado y escultura, o en las artes gráficas, digitales y cinematográficas.

Es así como surge el proyecto Jóvenes. Pasión y Libertad, nueva colección del Fondo Editorial Estado de México en coedición con la Universidad Autónoma del Estado de México, que abre un espacio para dar cauce a las voces de la juventud creadora, además de reconocer su trabajo y sus aportes a la literatura, el pensamiento y las artes de nuestra entidad.

MARCELA GONZÁLEZ SALAS Y PETRICIOLI
Secretaria de Cultura y Turismo

Fortalecer la inclusión en la universidad y en la sociedad, al igual que la identidad de los diversos sectores de la población mexiquense, mediante la amplia participación de jóvenes en actividades literarias, artísticas y culturales es el principal objetivo de la Universidad Autónoma del Estado de México en materia de difusión cultural. Así lo definió la comunidad universitaria de la Uaemex en su Plan Rector de Desarrollo Institucional 2021-2025.

Por ello, a las universitarias y los universitarios nos llena de entusiasmo participar como coeditores en el diseño y lanzamiento de la acertada colección Jóvenes. Pasión y Libertad, que incluye obras de artes visuales, literatura y pensamiento filosófico, realizadas por jóvenes que practican los diversos géneros de estas tres vertientes de la producción intelectual en nuestra entidad.

Cada obra publicada en esta colección constituye un trabajo reflexivo sobre la realidad que, gracias a su tratamiento artístico, logrará detonar nuevas experiencias estéticas, intelectivas y morales en el público lector.

A su vez, la colección Jóvenes. Pasión y Libertad ha sido construida con una mirada abierta a la innovación de temáticas y técnicas que las jóvenes autorías seleccionadas han planteado con arrojo y energía.

Deseo que las obras que conforman esta colección se inserten en la rica tradición literaria hispanoamericana y dialoguen durante mucho tiempo con la crítica especializada y el público en general. Que así sea para el deleite de todas y todos.

Somos Uaemex

Patria, Ciencia y Trabajo
DR. CARLOS EDUARDO BARRERA DÍAZ
Rector

Índice

Introducción	13
LENGUA E IDEOLOGÍA	17
RECUPERAR EL SENTIDO DEL DECIR PENSAR(NOS) CON LOS DECIRES QUE NOS HABITAN	29
Ideología y lengua: los otros y el oportunismo	35
Lengua y pensamiento: el revés de la ideología	42
LENGUA COMÚN, ALGORITMOS Y FINANCIERIZACIÓN DEL LENGUAJE	51
Conclusiones	59
Referencias	63

Introducción

La lengua, como otrora lo señaló el filólogo zamorano Agustín García Calvo (1993), es el asidero de la inteligencia común. La lengua, en tanto que es usada por todos y cada uno, es popular e impersonal.

Sobre el devenir de los días, en cada actividad, percepción o acto, la lengua interviene como aquella que dota de sentido al tiempo, los quehaceres y las acciones; ella misma es el seno del cual se extrae el significado de lo que hay, lo que somos y lo que podríamos ser.

La lengua permite reconocer lo real y pensar lo posible. Si los seres humanos experimentamos la libertad como trascendencia, acción y deliberación, es gracias a que lo real y lo posible son vividos en y por la lengua.

Así, todo posible inicio y todo sentido dado —o creado— implica el reconocimiento y uso del lenguaje como un tesoro de posibilidades por ser y aparecer vinculadas al significado o sentido que reposa, de modo latente, en las palabras. ¿Cómo evocar un sentido, un significado prelingüístico o prediscursivo?

Decir “hoy es martes” o “—¿Quién toca a la puerta? —Soy yo, Carlos” no implica una mera repartición entre palabras y cosas; supone, sobre todo, instituir y vincularse a un registro temporal, en el primer caso, y darse una identidad, un lugar, como diferencia respecto a los demás, en cuanto al segundo.

La experiencia de la temporalidad y posibilidad de instituir un *aquí* —índice de mi identidad— pasa por las palabras que me habitan y desde las que me pienso y presento ante los otros.

Somos todas esas palabras que nos retratan ante los otros, y los otros son todas esas expresiones con las que los nombramos. La identidad de los seres, el mundo y las cosas es esencialmente nominal. Considérese, por ejemplo, el uso de los pronombres personales, que permiten a los individuos designarse y emerger como sujetos de enunciación.

Lo que somos como individuos o integrantes de un grupo social es, de modo fundamental, lo que nos decimos y lo que los unos escuchan de los otros. Diálogo, diferencia y consenso serían tres nombres insoslayables de la comunicación humana interpersonal.

El texto que ahora tiene en sus manos se ocupa de pensar y problematizar de qué modo la lengua salta por encima de sí misma, vía los hablantes, para forjar el sentido de lo socialmente vivido y compartido que se condensa en refranes o ciertas oraciones, las cuales dan lugar a posiciones que podrían denominarse —no sin conflicto y cierto carácter hipotético— ideológicas.

Los refranes, las oraciones o los dichos populares, esencialmente, nos habitan y nos piensan porque la lengua es común e impersonal; no hay persona que tenga un control soberano y total sobre ella. Esto implica, en un primer orden de consecuencias, que las personas, más que hablar y dominar las palabras, son habladas por la lengua.

Paradójicamente, pienso y habito *ahí* donde no soy; no somos el lenguaje, aunque nos servimos de él, por así decirlo, para ser y estar cada día en la corriente afluyente de la vida social y personal.

Es la lengua quien nos piensa y por ello nos habita; al afirmarlo, por ejemplo, mediante refranes, oraciones o dichos populares —que hacemos propios al repetirlos— no se pretende personificarla o tratarla como una entidad superior y coercitiva.

Señalamos, únicamente, que *todo querer decir* es un *poder decir* en función de las posibilidades de articulación de la

lengua. En ese sentido, los individuos no hablan sobre lo que quieren sino lo que pueden. Afirmar es confirmar el significado social e históricamente fijado en una palabra. En ello le va, al menos de modo germinal, su carácter ideológico.

Los dichos populares, en ese marco, son reservorios ideológicos de sentidos pasados, socialmente validados por el movimiento general de la lengua hacia la asignación, repartición y donación de sentido. Aquí, ideológico no es equivalente —ni mucho menos un mero trasunto— de enajenante o malversador. No se le da una connotación peyorativa al término.

Con la palabra *ideología*, en este caso, nombramos esa condición por la cual todo hablante se pronuncia, en tanto que es hablado por sentidos y significados previos a sus intenciones de comunicación. Esta condición es ideológica, pues configura posiciones, modos de enunciar o decir, constituidas entre lo acrítico y lo intencional. Entiéndase *acrítico*, en este caso, como aquella condición que, en los hablantes, no advierte la relación entre las palabras y los significados que asignamos a las cosas. La existencia hablante, por lo tanto, es un estar a medias entre el poder decir en función de lo dicho.

Cada hablante, en efecto, se comunica con otros a partir de varios actos intencionales; no obstante, estos actos intencionales no se corresponden con el gesto soberano de usar la lengua como si fuéramos dueños y controladores de ella.

Así, el siguiente texto se instala en ese tren de reflexión, exponiendo, en un primer momento, qué podemos comprender por lengua común y cómo se manifiesta, constituye y articula la ideología en los entresijos de ésta; en segunda instancia, examinamos un conjunto de refranes o dichos populares que nos permitirán poner de relieve en qué sentido(s) nos habitan y nos piensan.

Finalmente, se presenta una serie de consideraciones sobre el lenguaje, en el marco de la transformación digital actual.

De manera concreta, se expone el carácter fragmentario y anónimo de los nuevos procesos de comunicación, en términos de la modificación de las relaciones que tiene cada hablante y usuario de dispositivos móviles con la lengua.

Para cerrar esta introducción, quisiera recalcar que escribir, en última instancia, es celebrar el devenir del lenguaje y sus sentidos. Si toda palabra es prestada, con estas líneas devuelvo, agradecidamente, la confianza de quienes impulsaron este acontecimiento y del lector, a quien hago mi cómplice, mi par y mi otro desde que coloca su mirada por los caminos que puedan sugerirle estas líneas.

En la lengua, pues, servilismo y poder se confunden ineluctablemente. Si se llama libertad no sólo a la capacidad de sustraerse al poder, sino también y sobre todo a la de no someter a nadie, entonces no puede haber libertad sino fuera del lenguaje. Desgraciadamente, el lenguaje humano no tiene exterior: es un a puertas cerradas.

ROLAND BARTHES

El placer del texto seguido de Lección inaugural de la cátedra de Semiología Literaria del Collège de France, pronunciada el 7 de enero de 1977

La humanidad no ha hecho otra cosa más que inventar una máquina capaz de tornar necesario y útil cualquier otro artefacto habido y por haber; tal máquina es el lenguaje y, como todas, funciona para algo. Convengamos en que ésta tiene como función designar, dotar de significado o, mejor, nombrar para dar un sentido a lo nombrado.

Hay una operación, una acción, que al sentido común le pasa constantemente desapercibida y que es mediada por el lenguaje. En última instancia, al vincular palabras y cosas —el identificar ciertas cosas por medio de ciertas palabras—, lo que hacemos es establecer correlaciones y con ello adviene el mundo y sus sentidos cada día.

La acción de correlacionar algo, inscrita en un movimiento incesante de repetición y reproducción, que nombre —el lenguaje— algo a su vez nombrado —los objetos—, da lugar a lo que conocemos como realidad, cosas o seres que nos rodean y en los que nos reconocemos y constituimos como lo que somos.

La identificación nominal de las cosas es una operación básica y primitiva de toda relación social y de toda acción individual. Es una operación genética que posibilita —o imposibilita— acuerdos, comunicaciones e intercambios entre personas. Decir “pásame un tenedor, por favor” u “hola, buenos días. Me da un kilo de naranjas” implica el uso de aquella máquina de correlaciones que trae esas cosas al redil del sentido. ¿Podemos imaginar o evocar algo prelingüístico? La pregunta, no sin cierta ambigüedad, apunta al reconocimiento de un universo de cosas o seres que no sea él mismo un universo mediado —entiéndase nombrado— por la lengua.

Lo prelingüístico o lo innominado pertenece a la esfera de las experiencias místicas o esotéricas; esas experiencias donde lo inefable e inenarrable sólo emergen, en su sentido, para el sujeto de esas vivencias. Por lo demás, identificar ciertas cosas con ciertas palabras constituye el denominador común de todo individuo en tanto hablante y ser social.

Que los nombres —las palabras— permitan identificar ciertas cosas, no implica que éstas sustituyan a las cosas. La palabra no crea a la cosa, sólo la enuncia y al enunciarla logra identificarla y evocarla para otros. Sobre todo, la palabra hace cuerpo o amalgama con la cosa.

Palabras y cosas son ámbitos distintos: entre ellos se erigen las convenciones o los hábitos socialmente constituidos que configuran y reconfiguran, contingentemente, la relación entre lo uno y lo otro.

Esa máquina, si así cabe denominarla, hace una operación de troquelado que consigue definir —delimitar— de qué hablamos, nuestro campo temático, los unos con los otros. El nombre constituye una suerte de sello, marca o inscripción —valgan las analogías— impreso sobre las cosas; esta impresión no es literal, sino representativa, y su función es designar. El objeto redondo con apariencia anaranjada no tiene ninguna característica

física que le haga reclamar el sustantivo *naranja*; el nombre sella o marca el objeto por convención humana, se socializa y trae a presencia el sentido de la cosa nombrada. ¿Acaso hay otro amor más que el que se nombra, se dice y se expresa?

Hablar es domesticar —advíertase el símil—, esto es: dominar el caudal de cosas habidas y por haber mediante el nombre que permite asirlas con el pensamiento y presentarlas —entiéndase comunicarlas—. El mismísimo Dios de la cultura judeocristiana, según se nos transmite vía el libro de Génesis, *dijo* que la luz fuera y la luz apareció. Dios habló y su palabra donó el ser. El verbo de Dios es creador; el verbo humano reproduce dicho gesto sin el sesgo poético de tal acto.

Es prescindible, por ahora, clarificar si el lenguaje es una máquina inventada o si hace las veces de don divino dado por el creador a sus criaturas. La cuestión es reconocer ese acto por el cual las cosas son traídas al orden humano, y con ello al orden cultural, social y político, por medio de la palabra y el habla.

Las palabras, con más precisión semantemas o términos con significado, recortan lo real, entiéndase: cuadrículan o trazan los conjuntos como géneros y especies, en tanto categorías de orden cognitivo, para situar a las cosas y así hacerse de un asidero nominal, conjunto de cosas nombradas, dando forma a una suerte de masa bruta y amorfa que podríamos evocar como el ámbito de lo innominado, fuente de toda referencia, de todo decir.

Así, esta máquina, la más maravillosa y paradójica, permite ir de los nombres hacia aquello que es nombrado. Es un tránsito peligroso, pasaje críptico que en su efectuación nos lanza, por así decir, a los posibles sentidos que cabe asignarle o reconocerle al mundo, el cual se ha vuelto nuestro por los significados que permiten experimentarlo, reconocerlo y manipularlo.

El mundo nos es familiar desde que fue nombrado. La historia de la humanidad, quizás, podría resumirse si se recapitula el conjunto de sentidos asignados a un conjunto de palabras

que articulan todo discurso y los confines últimos de lo que nos causa sentido: ser, vida, libertad, justicia, espíritu, muerte, igualdad, amor, historia, cultura, espacio y tiempo. Hablar entre los unos y los otros implica situarse en una cadena de significados pretéritos y heredados vinculados a esos términos y a los amplios campos de sentido que se abren en su enunciación.

Las palabras que usamos, por todo lo dicho, nos constituyen y nos habitan de modo radical. ¿Había un nombre para mí, incluso antes de nacer, por el mero hecho de ser esperado o reconocido en cierto grupo social? ¿Al decir “yo”, me constituyo como una propiedad cercana e íntima que luego evoco como “mi vida” o como el espacio íntimo desde el cual apercibo la vida que “soy”? De raíz somos estos sentidos, significados que se encadenan históricamente en cada acto de habla entre locutores.

Así, no hay una diferencia entre lenguaje y vida; los modos de hablar están implicados con los modos de vivir. Toda concepción de vida es un donar significado a la vida.

Un hecho fundamental es que no usamos la lengua, al contrario, ella nos habita y por eso, al pensar, pensamos con ella, desde ella y por ella. Como otrora lo atisbó el psicoanalista francés Jacques Lacan (2009), el sujeto es hablado por el Otro; ese otro es el lenguaje que da significado tanto a lo interior como a lo exterior.

La condición de hospitalidad, refugio o asidero del sentido que podemos reconocerle a la lengua no implica que seamos dueños de ella, no supone una condición de propiedad soberana. En tanto que esa máquina me precede y probablemente me trascenderá, mi condición de hablante es pasajera y sujeta a los mecanismos de articulación propios de cada palabra, frase u oración que pronuncie. Paradójicamente, habito y soy pensado en el exterior más íntimo que hay: el lenguaje.

Por esta pendiente, ¿qué consecuencias existen al reconocer aquella condición de habitar y pensar *desde y por* la lengua? ¿Qué implicaciones pueden esbozarse si se asume esta condición doble, habitar y pensar, de ese exterior más íntimo referido como lenguaje en el marco de las relaciones sociales entre hablantes? Al reconocer el carácter impersonal de esta máquina maravillosa con la cual sentamos, merced a una puntuación, el inicio de este texto, se requiere tamizar el proceso de socialización de la lengua.

Así, esta máquina no se usa de modo neutro o con una intención personalísima y soberana, ¿acaso existe algún tipo de actitud espontánea al usar el lenguaje donde no quepa señalar la correcta articulación de una palabra o la secuencia adecuada para formar una frase u oración? Por tanto, podemos reconocer lo siguiente: el uso de la lengua implica posiciones ideológicas, lo cual supone una participación de contenidos sociohistóricos en cada acto de habla que no se reducen a ser individuales.

Las palabras que me habitan y piensan, según lo dicho, pueden dar lugar a posiciones ideológicas, esto es: (im)poner ideas, percepciones o representaciones social e históricamente articuladas por medio de nuestros actos verbales.

Los sentidos —significados que evoco— están supuestos por el habla social en la que participo; no somos exteriores a ella, por tanto, no somos ajenos a los modos de enunciar del habla social.

La lengua común, al pasar por el registro de los actos verbales y socializados, se individualiza y adquiere el cariz del juicio de cada cual, con valoraciones personales, por ejemplo.

Mi posición como hablante ante el mundo y los otros está marcada por aquello que afirmo; lo que afirmo, en el presente, es lo que confirmo de lo pasado. Así, mi posición individual de interlocutor participa en la composición social e histórica del habla. Hablo, luego, asumo una posición en el habla social.

Precisemos, con relación a la lengua, que por *ideología* podemos comprender lo siguiente:

1. Toda afirmación es una confirmación de sentidos previos; luego, toda afirmación su(b)pone aquello dispuesto, histórica y culturalmente, por el habla social.
2. Toda afirmación nos dispone en el habla social, esto es, nos posiciona en el sentido heredado gracias a los significados que enuncio y comunico cada día desde una actitud natural y espontánea.

Así, no tiene mayor relevancia pensar, o meramente identificar, el término *ideología* con una suerte de convicciones personales o grupales que cada persona pueda asumir y expresar: ser cristiano, judío o musulmán, formar parte de los cuadros militantes de este o aquel partido político, o bien, inscribirse en ciertos grupos sociales por ideales afines.

No asumimos, en este caso, un significado y una orientación de la palabra *ideología* como crítica de la cultura o como aquel proceso que nos permite denunciar una mistificación, reificación o enmascaramiento de ciertos intereses de clase o grupo. No. Ese sentido no es el que se pretende bosquejar aquí.

Tal y como lo precisamos en el punto 1 y 2, comprendemos que todo proceso de habla social implica posiciones ideológicas, ya que los hablantes se comunican con sentidos impropios. Toda palabra es prestada, asumida y luego dada *como si* fuera propia.

Nos vemos obligados a enunciar algo impropio en nuestros decires propios, esto es: mi posición es de amo y esclavo ante la lengua. Me supedito a sentidos ajenos para expresar lo propio. En todo acto de comunicación, soy soberano en el modo de decirlo y siervo por el hecho de decirlo.

Ningún hablante puede hacer comenzar al lenguaje; no hay ninguna expresión o intención de comunicar un sentido que no esté él mismo constituido por supuestos sentidos previos.

Así, cada día, al mismo tiempo, los hablantes asumimos posiciones críticas e ingenuas al usar la lengua. ¿Somos arrasados por fuerzas impropias y subconscientes de significados pasados que dan lugar a los sentidos que constituyen nuestra vida ahora? En ciertas relaciones sociales, nuestra posición ante los otros implica una (im)posición sociohistórica de los significados dispuestos y en reserva. Por ello, lo dicho en el punto 2 —segundo aspecto ya mencionado sobre la ideología con relación a la lengua— es tan cotidiano y real, si cabe así referirlo, como que “salga el sol”.

Así, ante todo *yo hablo, tú hablas o ellos hablan* es menester reconocer un fondo común: *se habla*. Lo impersonal antecede a lo personal. Repetición y reproducción son las bisagras, por así decir, de todo acto de habla social. Ideología, en este caso, nombra esa condición común por la cual todo hablante repite y reproduce lo dispuesto, lo que está en reserva, sin advertir ese fondo de significados que le hacen decir lo que comunica y comparte con los otros.

Ahí donde la haya, la actitud espontánea y enseñoreada de todo hablante respecto de la lengua común es el signo más claro de una posición ideológica inadvertida. Llamemos actitud natural —grado extremo de la ideología— a aquella actitud que consiste en creer que cada cual expresa lo que quiere decir por el sólo hecho de *poder* decirlo. Considérese, a este respecto, las siguientes expresiones: “¡Yo hablo como me venga en gana!” o “¡si sólo son palabras, esas se las lleva el viento!”.

Sí, las palabras me habitan y piensan, pero no de modo neutro ni por una elección que se circunscriba únicamente a mi voluntad. Por todo lo dicho, lengua común e ideología están implicadas en las múltiples puestas en marcha de esa máquina

que, por antonomasia, reconocemos en el lenguaje. El nudo de dicha implicatura yace en cada hablante o sujeto que participe de un proceso de comunicación, en tanto comunicación de uno o diversos sentidos con los otros.

A tal planteamiento le sigue una condición paradójica: la lengua, a la par de las posiciones ideológicas que engendra, por los actos individuales y sociales de habla, posibilita, al mismo tiempo, la examinación y el desplazamiento de dichas posiciones. El lenguaje exige sumisión y posibilita la subversión. Es una espada de doble filo, una máquina de doble hoja, si cabe expresarlo así.

Esta condición pone de relieve el derecho y el revés del lenguaje: faculta e instituye el sentido al tiempo de abrir la posibilidad de examinarlo, escrutarlo y reorientarlo, según el caso. Aunque nuestra posición es de amos y esclavos en y ante la lengua, dicha condición no es determinante, sino procesual.

Si me sirvo de sentidos ajenos para expresar lo propio, esos sentidos no son determinantes ni mucho menos providenciales en los actos de habla. Así, la lengua posibilita el (re)habitarlos y el (re)pensarlos desde ella y con ella.

Si el acervo de palabras se reduce, en cada hablante, al número de términos y conexiones que utiliza para expresarse, ello supone que la capacidad de vincular palabras y cosas está sujeta, de modo latente, a una constante transformación. Ningún hablante se agota o circunscribe a todos sus decires; virtualmente, se encuentra en posibilidad de apropiarse y reapropiarse palabras, expresiones o frases que le permitan crear el sentido de lo que le rodea.

Si el mundo se tornó familiar desde que ha sido nombrado —acto que seguimos reproduciendo cada día— todo ejercicio de desfamiliarización pasa por la puesta a distancia de aquello que se da junto o en bloque: las palabras nombrando las cosas, o bien, los hablantes nombrando las cosas para

traerlas al redil del sentido. Se trata, pues, de esa maravillosa condición de hiato, abertura o hendidura entre las palabras que nombran y las cosas nombradas.

Entre la lengua común y la ideología podemos reconocer diversos modos de vincular palabras y cosas. La actitud natural, ante dicho vínculo, constituye la condición primera de todo uso ideológico del lenguaje; ese enseñoreo del cual hablamos en líneas pasadas.

Hablar con excesiva familiaridad de las cosas opaca la distancia sociohistórica y convencional que torna inestable la relación entre lo que nombra y lo nombrado. Perder la distancia crítica es el signo de la actitud natural ante la lengua. Las siguientes expresiones pueden ilustrar tal actitud: “¡Eso es el sol!”, “¡yo soy yo y tú eres tú, nadie nos va a cambiar!” o “todos los políticos son iguales”.

Ésta es, en suma, la posición ideológica que redondea la actitud espontaneísta y enseñoreada antes mencionada.

De esa manera, si se pretende analizar de qué modo oscilamos, en tanto hablantes, entre la familiarización y suspensión de la actitud natural y espontaneísta ante la lengua, es menester clarificar cómo nos piensan y nos habitan decires peculiares y propios por ser culturalmente repetidos y normalizados.

En lo que viene, se analizará el funcionamiento efectivo de las posiciones ideológicas desde que estamos habitados y pensados por la lengua.

RECUPERAR EL SENTIDO
DEL DECIR. PENSAR(NOS)
CON LOS DECIRES
QUE NOS HABITAN

Esta realización del lenguaje que ya no sirve más que *como una moneda gastada que nos pasamos en silencio de mano en mano* —frase citada en mi informe de Roma y citada por Mallarmé— muestra la función pura del lenguaje: asegurarnos que somos, y nada más. Que sea posible no decir nada, es tan significativo como el hecho que, cuando se habla, es en general para algo.

JACQUES LACAN

*El seminario de Jacques Lacan. Libro 1.
Los escritos técnicos de Freud 1953-1954*

Repetición y reproducción, decíamos al sugerir la analogía de la bisagra, son los mecanismos por los cuales las palabras, en tanto que nombran, se vinculan de modo estable con las cosas, con lo nombrado.

Prolongando dicha analogía, reconozcamos que, por la fuerza de repetición y por el efecto de reproducción —vía la costumbre— las palabras establecen matrimonio con las cosas; el habla social es la celebración constante de tal unión. Las relaciones convencionales y socialmente establecidas entre los nombres y las cosas nombradas se sostienen en aquello que denominamos habla social.

Así, imaginemos la cantidad de actos de habla que surgen, se desarrollan y finalizan todos los días, al tiempo en que vuelven a (re)comenzar intermitentemente. Es el reconocimiento del *se habla* que antecede y sostiene, como fondo común, a todo *yo hablo, tú hablas o nosotros hablamos*. Considérense, por ejemplo, los siguientes casos:

- a. “¡Buen día! Me da un kilo de naranjas, por favor”.
- b. “Yo los declaro marido y mujer”.
- c. “Las principales noticias del día de hoy son...”.

Estas expresiones podrían tomarse como ejemplo de los casos más cotidianos de habla social. Primero, se observa el uso que damos a las palabras para referirnos a las cosas en los múltiples intercambios diarios; luego, se utiliza el lenguaje para las ceremonias y prácticas culturales en el amplio sentido de la palabra; finalmente, se nota la importancia de la lengua para situar el presente y narrar los hechos de cada día.

Así, podemos recuperar ciertas expresiones del habla social en función de las cuales, por gracia de la repetición y reproducción, ciertos decires nos habitan y nos piensan de modo ideológico, esto es: olvidando la separación entre lo que nombra y lo nombrado, y asumiendo una actitud natural respecto del uso del lenguaje.

Los decires que podrían sugerirse como referentes de análisis son varios. En este caso, hemos seleccionado los siguientes:

- a. “El que no transa no avanza”.
- b. “Chingue a su madre el que no robe algo, éste es el año de Hidalgo”.
- c. “Uca, uca... el que se lo encuentra se lo emboruca”.

Consideramos que a través de ellos podemos clarificar las posiciones ideológicas mediante las cuales la lengua nos piensa y nos habita. Estos decires tienen la gracia de ser expresados por cualquiera y por ninguno, en otras palabras, son dichos populares que pueden ser evocados por diversos hablantes. Serían, pues, casos cotidianos que manifiestan la relación entre lengua e ideología.

La cuestión, según lo expuesto, reside en analizar de qué modo estos decires —en tanto apropiados, repetidos y reproducidos en el habla social— engendran y consolidan ciertas posiciones ideológicas y actitudes vinculadas a éstas.

Al mismo tiempo, dado que, como en líneas atrás lo mencionamos, el lenguaje tiene su derecho y su revés, recuperamos otros decires que ponen en tela de juicio las tres frases antes mencionadas. Retomamos las siguientes:

- a. “La burra no nació arisca, así la hicieron”.
- b. “Nos hicieron de chivo los tamales”.
- c. “Dar atole con el dedo”.

Por lo anterior, acometemos un análisis que comprenda estos aspectos ambivalentes de la lengua, a fin de mostrar su condición paradójica y compleja. La reflexión en torno a ello comenzará por las primeras frases para concluir con las segundas.

Para empezar, es necesario no considerar, únicamente, el aspecto retórico de cada una de estas frases. Aunque ellas contemplan, claro está, ciertos usos figurativos del lenguaje, su impacto no se reduce a los mecanismos por los cuales vinculan palabras y cosas. Si estas frases exponen un sentido, ese sentido será considerado desde el uso no literal del lenguaje que ahí se pone en juego.

De otra parte, la selección de estas frases o dichos populares no agota, definitivamente, el campo total de estos casos. Elegimos estos ejemplos debido a que manifiestan características que permiten mostrar cómo se forman posiciones ideológicas en los hablantes al usar la lengua.

Por último, cabe aclarar que en el transcurso del texto se usarán de modo indiferente las siguientes palabras: dichos populares, decires, oraciones y frases, aunque estos términos designan cosas diferentes en un contexto más especializado. Así, el

objetivo del siguiente apartado es mostrar el derecho y el revés, por así decir, de ciertas expresiones del habla social, analizadas desde los planteamientos antes presentados.

Ideología y lengua: los otros y el oportunismo

En el momento en que abro la boca, prometo implícitamente al otro decir la verdad. Además, la existencia de esa promesa implícita y performativa de decir lo que es verdadero, de decir lo que en todo caso pienso, es lo que hace que la mentira sea posible [...] Cuando se miente, lo cual le ocurre a todo el mundo de forma total, parcial, equívoca o crepuscular, se traiciona la esencia y la finalidad misma del lenguaje que son la promesa de la verdad; y, por consiguiente, en cierto modo, no se habla, se falta a la palabra.

JACQUES DERRIDA

¡Palabra! Instantáneas filosóficas

Resultará difícil negar que la frase “el que no transa no avanza” no se repite ni se reproduce de modo aleatorio en el habla social.

Eso permite pensar que su constante mención y apropiación nos remite al modo como el lenguaje nos piensa y nos habita desde los significados que se ponen en juego con tales frases. El oportunismo, en el sentido peyorativo del término, sería el núcleo de sentido por el cual las palabras y las cosas se vinculan en esa expresión.

Que el lenguaje nos habite y nos piense desde un sentido oportunista tiene efectos perniciosos. La frase expone una posición ideológica de los hablantes en torno al desarrollo individual y personal marcado por la “transa”, esto es, los diversos modos de robar o engañar al otro *se dice* como el medio más oportuno para salir adelante.

Esta frase, en efecto, neutraliza los poderes críticos del lenguaje, en tanto que este último se pone al servicio —merced a los hablantes— del oportunismo político, económico e individual.

La lengua al servicio de intereses particulares sería considerada también como el índice de una posición ideológica que no reconoce aquello que se expresa con esas palabras, pues únicamente se utilizan como la justificación individual de un deseo de confirmar lo propio.

Quien dice y repite “el que no transa no avanza” confirma toda una cultura de corrupción que, en términos generales, consiste en maximizar los propios intereses y resultados al margen de las afectaciones a terceros. Se reproduce la corrupción desde una justificación oportunista de las acciones de cada quien, y con ello se hace un guiño a toda una manera viciosa de vincular palabras y cosas.

Así, dicha frase enuncia un proyecto, “la transa”, y un resultado, “el avanzar”. Los significados que traen al redil del sentido el progreso, individual o colectivo, son significados de modo unilateral: transar es equivalente a avanzar, o bien, para avanzar hay que transar. El pasaje de un término a otro denota el oportunismo ramplón inscrito en la articulación personal y cultural de la frase.

Empero, cualquiera podrá sugerir: “El que no transa no avanza. Ésa es la realidad, muchacho”. Dicha expresión, en este caso, apela a un orden de cosas que se asumen como dadas, incluso demanda justificar el significado y valor de la frase por referencia al carácter real que pueda tener.

La lengua se encuentra supeditada a un orden de significados y sentidos. En este caso, las prácticas, los actos y las decisiones vinculadas a “la transa” pasan por exaltar la posición ideológica del hablante como si éste fuese un mero servidor de esas palabras.

Si reconocemos, por todo lo expuesto, que la sociedad y el lenguaje no son cosas o entidades separadas, la transa evocada en la frase —como operación a ejecutar para significar el desarrollo personal o colectivo— ofrecería una imagen del éxito

o del bienestar en los individuos que habitan y piensan la lengua de conformidad con las relaciones sociales que esas palabras significan.

La corrupción, en este caso, nos habita por los significados que esa frase pone a disposición de quienes acríticamente la repiten y reproducen en el habla social.

Los hablantes que enuncian sus posiciones vitales, económicas e individuales, a título de lo indicado en tal decir, exponen toda una idea de lo que implica usar el lenguaje: confirmar sentidos previos envueltos, heredados y más o menos fijos por los cuales ciertas prácticas sociales adquieren su razón de ser. Enunciar esa frase es pronunciarse a favor de toda una cultura, aunque el propio hablante no detenga su razonamiento en ello.

Por esa pendiente, la frase “chingue a su madre el que no robe algo, este es el año de Hidalgo” reproduce la posición ideológica antes bosquejada con un anclaje histórico y recurriendo a la figura materna como reverso de un acto (¿viril?). Aunque tal decir, en términos contextuales, aluda a las prácticas de saqueo del último año de gestiones gubernamentales en sus diversos niveles, su sentido no se reduce a nombrar tal costumbre.

Afirmar, así como la otra frase, es confirmar un sentido de lo socialmente reconocido y culturalmente petrificado. Se (im)pone una percepción que justifica el oportunismo (¿también de “la transa?”), recurriendo a un pasaje histórico que haría las veces de sustento o referente (¿inapelable?).

La figura de Hidalgo es reducida a sus efectos: ante un movimiento de insurrección y dado un trastocamiento radical de las convenciones sociales, merced a dicho acontecimiento, los resultados se presentan como individuales, aunque el proceso sea colectivo. Quien no robe algo no responde al año de Hidalgo, porque ese año fue cuando todo pillaje estaba justificado y aceptado, mienta la frase.

No quisiéramos hablar de distorsión, como si esta frase tuviera por objeto negar una verdad histórica. Al contrario, la frase maximiza a conveniencia los efectos de un movimiento social que tendría por fin, entre otros, dignificar la justicia social.

No hay distorsión, sino inversión y desplazamiento de significados; sobre todo, el término *Hidalgo*, en sus efectos sonoros, rima con las otras palabras que componen tal frase, lo cual manifiesta el contenido lúdico que incentiva su apropiación. La figura histórica y política de Hidalgo pasa a segundo término, pero se conserva la palabra “Hidalgo” y su efecto juguetón.

La alusión peyorativa a la figura de la madre también forma parte de la posición ideológica presente en la enunciación de la frase. Se la veja a fin de exaltar el carácter (¿viril?) del acto: robar.

Dos referencias ponen en juego significados y sentidos totalmente ideológicos: se normaliza la denostación de la madre a la par de invertir la imagen de Hidalgo. Los significados de uno y otro establecen una relación viciada entre palabras y cosas por el oportunismo, el cual, a la par, da una referencia histórica, lúdica y material para denotar y justificar el acto.

Aquí, la razón de los hablantes se presenta como alienada a repeticiones de palabras que expresan el mínimo esfuerzo y la desconsideración de los otros para triunfar sí o sí. El robo, el pillaje y la corrupción permiten avanzar de un modo irrestricto; en tanto hablantes, los modos de enunciar y las referencias que acarrear se conjugan con los modos de pensar.

En suma, habitamos el lenguaje expresando un modo oportunista de ser, en relación con los otros, al enunciar “el que no transa no avanza”. Reproducimos una cultura cediendo, acriticamente, a las palabras con las que nombramos, concebimos y designamos las cosas. Habitamos de modo ideológico toda una jerga de “la transa” y del robo al desconocer los modos de relacionar las palabras y las cosas puestas en juego en ese par de frases.

La cultura de la corrupción y del robo generalizado no sólo se reproduce y expande por el hecho mismo de ponerla en práctica; también, su reproducción es verbal y sólo ahí encuentra justificación y denotación.

La actitud de enseñoreo, prepotencia y oportunismo expresa la excesiva familiaridad de los hablantes con esos decires populares. La distancia entre lo que nombra y lo nombrado es ignorada: ¿cómo hemos llegado a pensar y sentir que para avanzar hay que transar?, ¿por qué el año de Hidalgo será el tiempo para robar? Los hablantes se apropian de estos decires por el mero hecho de poder decirlos y con ello asumen una actitud familiar y de dominio de los sentidos que ponen en juego.

Ciertamente, ambas frases —“el que no transa no avanza” y “chingue a su madre el que no robe algo, este es el año de Hidalgo”— implican situarse por delante del otro en términos de los beneficios individuales que le reportan a cada ser habitado y pensado por esos significados: la transa y el robo son entendidas como reglas prácticas de acción articuladas en cada frase.

La tercera frase, “uca, uca, el que se lo encuentra se lo emboruca”, se vincula con las anteriores, pero desde un conjunto de significados más o menos simples. El oportunismo que exalta la acción para obtener beneficios individuales sigue operando; los otros, en términos del perjuicio, quedan borrados.

El conflicto puede darse en torno al significado de *emboruca*. La expresión “emborucarse” alude a confusión, designa el estado de obcecación en el que puede encontrarse un individuo.

El término *emboruca*, en este caso, adquiere sentido en la totalidad de lo que indica la frase: apropiarse de lo otro por el hecho mismo de hallarlo. El carácter rítmico de su inicio, que repite una parte de las últimas sílabas del término *emboruca*, la presenta como una suerte de oración o conjuro sin advertir la connotación circunstancial de apropiación y enseñoreo de lo que “se encuentra”.

Repetir la frase “uca, uca, el que se lo encuentra se lo emboruca” pareciera presentarse como graciosa y mágica debido a la expresión “uca, uca...”, no obstante, ello no advierte la voluntad individualista y calculadora de quien la pronuncia.

Nuevamente, así como en las otras frases examinadas, este dicho popular expresa unilateralidad entre dos elementos: uno se emboruca lo que se encuentra porque sí. La frase insta un derecho individual de posesión, haciendo omisión de las posibles afectaciones a terceros. Una vez más, los otros quedan tachados por el oportunismo.

La lengua habita y piensa de modo ideológico a quien reproduce y repite esa frase. El significado de las cosas se reduce a conveniencias individuales, a intereses meramente subjetivos.

La actitud natural expresada en el uso de la lengua, merced a esas frases, se conjuga con la actitud rapaz de oportunismo al concebir las cosas. Acá, la frase expresa la realidad del pillaje: derecho de apropiación a partir de la negación del derecho de los otros.

Las tres frases, según lo dicho, justifican la trapacería, el pillaje, el robo y el oportunismo individualista en términos de los significados que ahí se ponen en juego.

El hecho de que la lengua nos habite y nos piense, desde una disposición oportunista en el uso de las palabras, indica la posición ideológica asociada e inscrita en esos decires. Nombrar las cosas, dotarlas de significado y sentido desde esta orientación oportunista, exalta la actitud natural de adueñarse del lenguaje como si fuese algo propio.

Si en líneas atrás se mencionaba una operación de troquelado o sello del nombre sobre la cosa nombrada para ejemplificar la producción del sentido al usar la lengua, estas frases harían las veces de etiqueta, ya que marcan —entiéndase designan— el núcleo de sentido del oportunismo individualista inscrito en cada una de estas frases.

Las posiciones ideológicas materializadas y articuladas en esas frases ilustran esa condición por la cual los seres humanos, en varias ocasiones, somos nuestros propios verdugos.

Las transformaciones morales o éticas, desde esta perspectiva, pasarían por una revisión de las costumbres lingüísticas como caldos de cultivo de posiciones ideológicas.

Los hábitos lingüísticos precederían a los hábitos sociales en términos lógicos; la desapropiación de una percepción demandaría no ceder a las palabras, esto es: aprender a rehabilitar el lenguaje para acceder a otros modos de pensamiento y vida.

Así, la articulación verbal de la ideología se sostiene en el mecanismo más común y corriente que nos permite utilizar el lenguaje: relacionar palabras y cosas. La ideología, en suma, sería un uso enseñoreado de las palabras, como si éstas adquirieran significado por el mero de hecho de *poder* usarlas.

Paralelo a ello, identificamos un uso ideológico de la lengua en aquellos hablantes que repiten y reproducen esos dichos, dado que las palabras aparecen como hechas y dadas, en su sentido, por la apropiación acrítica y aproblemática de esas frases.

Lengua y pensamiento: el revés de la ideología

Cuando se repiten de modo ingenuo y por mera costumbre ciertas frases, lo que se hace es ceder a las palabras y tratarlas de modo independiente al fondo histórico y cultural de donde emerge su significado y sentido. Eso es lo que reconocemos, en general, como la posición ideológica de los hablantes, presente en cada una de las frases antes analizadas.

Ceder a las palabras implica ceder a los actos de habla en los cuales aparecen ellas a fin de nombrar las cosas. Así, las posiciones ideológicas implicarían participar, en tanto que se repiten, en ciertos actos de habla que nos seducen a utilizar las palabras como si éstas no tuvieran un pasado. Es, en suma, una actitud natural y espontaneísta que no advierte la circunscripción histórica del habla social.

El pasado de las palabras y sus significados residen en las convenciones sociales e históricas que las dotaron de sentido. La ideología borra la distinción entre hablar a título personal, “yo hablo”, y hablar en cierto marco cultural de significados, “se habla”.

La lengua, en ese sentido, permite el surgimiento de posiciones ideológicas cuando se habla por mera costumbre, olvidando la historia y cultura que la sostienen. La ideología nos hace perder la distancia crítica respecto de la lengua; ése sería su efecto más concreto y palpable en la reproducción de las frases ya analizadas (recuérdese lo dicho en el punto 1 y 2 del apartado “Lengua e ideología”).

Por otro lado, la lengua, también por repetición y reproducción, contiene ciertas frases que retratarían el revés de la ideología. Estos decires también son indicativos de los modos de habitar y pensar en y por la lengua.

Los dichos que analizaremos se caracterizan por expresar un contenido crítico, problemático y reflexivo en torno a diversos aspectos; por ello, revelan un uso disruptivo de la lengua como razón común, recuperando la distancia crítica y problemática entre palabras y cosas.

En suma, son tres los decires que, cual satélites, analizaremos en torno a un centro de gravedad: el potencial crítico de la lengua; ésta será puesta en tela de juicio ante ciertos significados, o bien, en función de la resignificación de ciertos sentidos.

La primera frase que podríamos mencionar para el caso es “la burra no nació arisca, así la hicieron”. Este dicho muestra, de primeras, una voluntad de pensar y comprender lo real, las cosas o el mundo desde una disposición no determinista ni dada. Este decir es una puesta de relieve de la historia y del tiempo por las cuales las cosas llegan a ser lo que son.

No se nace macho, no se nace clasista, no se nace racista. Se deviene cada una de esas actitudes y percepciones sobre el otro; es el mismo caso, la burra deviene arisca, ya que así la trataron, así la formaron, o bien, así la adoctrinaron.

El dicho revela los engaños o las falsedades que rodean a toda postura determinista que haga abstracción de los procesos históricos y culturales que sostienen a las cosas.

“La burra”, en el contexto de la frase, resulta ser un personaje significativo, ya que su condición de arisca no es natural o dada a su ser o por denominarse “burra”. No hay esencia ni identidad supuestamente invariante, y por tanto histórica, que justifique su estado.

Si la ideología desplaza la distancia crítica entre palabras y cosas, esta frase pondría en marcha el movimiento inverso.

Las palabras no son naturales ni dadas o impersonales; al contrario, las palabras, y las cosas que nombran, se hayan inscritas en una serie de transformaciones históricas y culturales cuyo resultado es el significado que tienen.

Si se expresa “la burra no nació arisca, sino que así la hicieron”, podríamos decir también que “las palabras no son los significados que tienen, sino los significados convencionalmente contruidos en torno a ellas”. Nuevamente, el pensamiento expuesto en esa frase no confirma lo dicho; se detiene y señala la pausa crítica de toda actitud problemática ante la lengua.

Como se ha tratado, la condición de ser arisca de la burra no es algo propio de ella, no es algo natural, dado o providencial. Todo un proceso de inscripción o adiestramiento niega el determinismo. La frase resalta el ser histórico, cultural o social por el cual las cosas tienen ciertas características y en función de las cuales las percibimos de ese modo.

Este dicho popular, después de lo referido, pone al revés el espejismo de las posiciones ideológicas. Al afirmar un modo de pensar en la historia y con la historia de las cosas, reniega de toda determinación simplista, unilateral o vaga de estas últimas.

Los hablantes que repiten y reproducen esa frase revelan una actitud no familiar, de extrañeza o alerta ante un uso dogmático y autoritario de las palabras al nombrar. Considérese, para el caso, las siguientes expresiones: “¡la sociedad siempre ha sido así!” o “¡ni modo, todos los políticos son corruptos!”. Puntualmente, la frase ilustra la distancia crítica entre: ¡las cosas son lo que son! y ¿cómo han llegado a ser así las cosas?

Esta actitud crítica ante el pensamiento, y por tanto ante la lengua, permite transitar de las identidades a los procesos que dan lugar a esas identidades.

La actitud crítica y el pensamiento histórico serían, en esta frase, los ejes de suspensión de las posiciones ideológicas que asocian ingenuamente palabras y cosas. La disociación

entre identidades y sus procesos de formación es paralela a la separación entre palabras y cosas. Las posiciones ideológicas, ya analizadas en ciertas frases, consideran de modo uniforme y unilateral lo uno y lo otro.

Así, cada vez que un hablante expresa “la burra no nació arisca, así la hicieron” no confirma lo dicho en tanto que ha sido enunciado, sino que (re)afirma las potencias críticas del decir.

La lengua nos habita y nos piensa en términos históricos y procesuales —como si el habitar y el pensar nos situara críticamente en el presente, considerando su irreductible pasado— cuando nos negamos o advertimos ante cierto caso u ocasión que “la burra no nació arisca, así la hicieron”. El pensamiento se abre al tiempo de las cosas; toda justificación que apela a la eternidad, anulación del tiempo, queda desplazada.

En ese sentido, otra frase que se conecta con la ya mencionada es “nos hicieron de chivo los tamales”; no obstante, este decir cotidiano del habla social expone una actitud y un modo de pensar que disocia esencia y apariencia. Implica una actitud radical de no ser burlado, pues identifica o advierte la voluntad de engaño o la floritura que para el caso se presente.

De modo cotidiano, este dicho popular suele referirse de otras maneras, por ejemplo: “Dar una cosa por otra”, “mismos lobos, distintos cascabeles” o “es la misma gata, pero revolcada”. Aunque estas frases tengan cierta semejanza con la que se ha mencionado, su sentido no es igual. Veámoslo.

Al señalar la falta o la burla inscritas en dar una cosa por otra, la frase expone una conciencia del semblante de las cosas y lo real de ellas en su relación problemática. La frase apunta la diferencia irreconciliable entre lo uno y lo otro.

El engaño o la burla reside en un movimiento intencional de intercambio inadvertido. ¿Quién pretende hacer de chivo los tamales a quién? ¿Quiénes pretenden dar una cosa por otra sin

advertirlo o señalarlo? Estas preguntas traducirían al ámbito de la interrogación lo que la frase expone como afirmación.

La intención y el mecanismo del engaño son retratados en esa expresión al señalar el hacer y el intercambiar específicos de quien burla a otros. Si bien no se habla de modo explícito entre esencia y apariencia, esta oración manifiesta una actitud activa y suspicaz ante esa diferencia.

Nuevamente, la actitud en el uso de las palabras revela una voluntad de reconocer cómo se dan, emergen y acontecen los procesos de significación. El modo en el cual la lengua nos piensa en esta frase recalca la distancia entre lo que es y lo que parece ser.

Por esa pendiente, habitar y pensarnos con esa frase, en suma, nos pone por delante el aparecer de las cosas y activa una orientación crítica y problemática respecto de dicho aparecer.

Si se advierte que los tamales se hacen de chivo, o bien, si el chivo fue lo que se utilizó para hacer los tamales, se puntúa una falta de correspondencia entre lo que se debería hacer y lo que se presentó como hecho. La distancia entre hecho y derecho está latente en lo que señala este dicho popular.

Así, esta oración articula verbalmente un percatarse de ser engañado. La actitud, en este caso, dista de ser ideológica dado que no se confirma lo dicho, sino que el hablante, al proferirla, difiere de la voluntad de confirmar y confundir lo esencial y lo aparente.

Finalmente, sugerimos un decir popular que, así como los otros dos, destaca a un nivel más cotidiano la razón pensante y común que late y resuena en la lengua. Esa frase es “dar atole con el dedo”.

Lo elemental de este dicho popular no debe oscurecer su disposición crítica. Si bien indica, como los otros, una voluntad de no ser engañado o burlado, éste lo hace recalcando una característica propia de aquella persona que pretende hacer eso:

tratar al otro como infante, esto es, considerarlo inepto, limitado y soso. Exploremos esa línea de interpretación.

Con ello no se piensa que *infante* sea equivalente a tonto, bruto o inepto; si socialmente el infante es aquél que depende de los otros, ello implica concebirlo desde una perspectiva no autónoma. Ese dicho popular se inscribe en esa percepción social para efectuar un movimiento de infantilización.

Bien mirado, este decir popular gira en torno al cuerpo, a la necesidad de ingerir; empero, recupera esa acción para negar, al ser advertida, la intención de engañar. El cuerpo se presenta como el espacio de consciencia y advertencia.

Así, la bebida —el atole— hace las veces de objeto que causa cierta ilusión o engaño. Ese objeto funciona y participa de manera peculiar al tratar al otro: infantilizarlo para engañarlo.

Infantilizar al otro, como el propio término lo indica, es tratarlo como si no tuviese voz. Tratar al otro como carente o privado de voz implica negar un elemento por el cual la razón se expresa, esto es: verbalización del pensamiento, la reflexión, las ideas o los conceptos.

Si razonar implica hablar, esta actitud de infantilizar conlleva el abuso y el engaño. Por tanto, esta frase advierte la actitud de quien pretende abusar y engañar, señalando su voluntad de silenciar o despojar de la facultad de hablar al otro.

La frase revela, en suma, el talante, la intención y la estrategia de quien pretende burlar a los otros, desdibujando el componente ideológico de infantilización que subyace a la acción. Aquella persona que habita y piensa con el lenguaje, pronunciando esa frase, remite la acción de engañar a las actitudes de quien lo pretende: infantilizar al otro, reducir al otro a un estado de obcecación atribuido.

Cada palabra de esta frase identifica, señala y advierte el reduccionismo y el oportunismo implícitos a todo movimiento

de engaño. La intención de burlar y abusar del otro es descubierta por los significados que la acompañan.

En suma, estas tres frases expresan diversos movimientos y pautas, a nivel verbal, de la razón común pensante que advierte los engaños, las burlas o las intenciones perniciosas de las cuales puede ser objeto.

Así, dado que nombrar a las cosas es delimitar un campo temático, cada una de estas frases delimita una actitud moral ante los otros y respecto del uso mismo de la lengua.

Quien intenta engañar supone que controla y manipula aquello con lo cual engaña. En toda intención y posición ideológica ante la lengua, identificamos una actitud acrítica marcada por el enseñoreo sobre las palabras: “¡Yo hablo como quiero y digo lo que quiero porque soy así!”.

Se pensará y dirá desde el acervo de actitudes y disposiciones acríticas ante la lengua que si se puede manipular al otro, se puede dominar a la lengua para engañar al otro, ¿o acaso podría expresarse cualquiera de las primeras frases presentadas si no se creyera estar en posesión o dominio de lo que significan esas palabras? Esta actitud, en último término, expone una ilusión verbal: controlo la lengua porque soy yo quien dice lo que expresa por el mero hecho de *poder* decirlo.

La ilusión verbal, según la cual la acción de hablar supone el hecho de controlar el significado de las palabras que digo —en tanto que puedo decirlas—, sería el estado de enajenación primitivo de una conciencia que sólo se escucha a sí misma.

Ante una actitud como ésta, las tres últimas frases presentadas neutralizan las posiciones ideológicas mediante una suspensión crítica de ciertos supuestos y significados. Recupera una distancia crítica irreductible al uso y reconocimiento de la complejidad inscrita en el habla social.

En último término, estas tres frases nos permiten habitar y pensar con la lengua, a partir de una disposición crítica y

problemática, por el conjunto de repeticiones y reproducciones cotidianas donde se enlazan palabras y cosas para la producción del sentido.

El sentido del mundo, los seres y las cosas que nos rodean nos resulta familiar dado que han sido nombradas. Concretamente, se vuelven nuestras al hacerlas partícipes del sentido por medio de dichas frases.

El movimiento reflexivo de cada una de estas expresiones permite recuperar la distancia, siempre crítica, entre palabras y cosas. El pensamiento de los hablantes no se remite a lo dado y fijado convencionalmente por las identificaciones nominales de cada día ni a las intenciones perniciosas del habla social. Ahí reside la distancia crítica constitutiva de cada frase.

Los hablantes que habitan la lengua y piensan con ella traen la razón al mundo y a las relaciones sociales cada vez que en ellas resuenan estas frases. Su potencial crítico se hace eco en cada hablante que las evoca, razonando a cabalidad los sentidos que asignamos al mundo por medio de las palabras.

LENGUA COMÚN, ALGORITMOS
Y FINANCIERIZACIÓN
DEL LENGUAJE

Necesitamos iniciar un proceso de desautomatización de la palabra, y a la vez un proceso de reactivación de la sensualidad (singularidad de la enunciación, voz) en la esfera de la comunicación en la sociedad.

FRANCO BERARDI
La sublevación

Según el filósofo italiano Franco Berardi, el lenguaje expresa y articula lo que él denomina *inteligencia colectiva*, cuya importancia reside en las relaciones sociales entre individuos en función de los sentidos que ponen en juego.

Si la lengua común sostiene la inteligencia colectiva, los hablantes se ven vinculados entre sí mediante el uso y la apropiación de ciertas palabras. Las palabras, apunta Berardi, no están disociadas del cuerpo y los afectos.

Así, cada hablante, al correlacionar palabras y cosas, engloba y recubre lo nombrado con lo que siente, merced a los afectos y el cuerpo involucrados en todo acto de comunicación. Nuestros modos de habitarnos y pensarnos con y por la lengua, cabe recalcarlo, son afectivos. El lenguaje no nos es exterior; el cuerpo haría las veces de centro resonador —o bien, de caja de resonancia— de los significados y afectos implicados.

Puntualmente, la voz sería esa unión entre significado, cuerpo y afectos. Por tanto, todo hablante, respecto al habla social, designa con nombres a las cosas que nombra, al tiempo que muestra su semblante. La relación entre palabras y cosas sería inconcebible sin el semblante de quien las correlaciona.

El hablante cede a una palabra y con ello asume un semblante; su estado de ánimo recubre sentimentalmente cada uno

de sus actos de habla. Así, cuerpo, afectos y palabras están coligadas en el habla social de modo insoslayable. En suma, por el lenguaje y las palabras resuena la interioridad éxtima —como diría Jacques Lacan (2009)— de la existencia parlante de cada individuo.

Al hilo de estos razonamientos, cabe preguntarse sobre el horizonte actual de las relaciones sociales y la transformación del habla social en el siglo XXI: ¿qué posiciones ideológicas surgen entre hablantes inscritos en el marco de la digitalización de los procesos sociales, por ejemplo, el uso de aplicaciones móviles para cubrir necesidades alimenticias?, ¿cómo se relacionan las palabras, los afectos y el cuerpo en dinámicas de habla social, cuyos participantes experimentan el uso del lenguaje entre automatismos y procesos instantáneos? Para dar respuesta a dichas cuestiones, es necesario reconocer que los hablantes se enfrentan a una transformación radical sin precedentes de la experiencia del lenguaje.

Los pilares de tal experiencia pasan, en resumen, por lo instantáneo, lo fragmentario y por el funcionamiento algorítmico de los nuevos procesos de comunicación.

Entiéndase por *algoritmo* un elemento de programación propio de la inteligencia artificial, en función del cual los usuarios de ciertos dispositivos seleccionan, operan y crean aplicaciones por medio de una constante producción de datos, dando lugar a ciertos automatismos que repercuten tanto en la conducta como en la deliberación de dichos usuarios.

El enlace —o el punto de manifestación extremo del carácter instantáneo— y el funcionamiento algorítmico del habla social reside en la separación entre palabra, cuerpo y afectos. La reducción temporal y la difuminación espacial entre la palabra que nombra y que emite un mensaje respecto de la cosa nombrada dota a los actos comunicativos de un nuevo carácter: los

hablantes indican y nombran en ausencia de las cosas mismas en tanto referentes materiales.

Un ejemplo claro y contundente de la nueva producción del sentido —entiéndase de significados— es la cantidad de dinero que circula como mera cifra en los bancos, el cual es abstracto, pues puede utilizarse para adquirir un bien sin ofrecerse físicamente por el objeto comprado.

Una operación financiera se presenta, en este sentido, como un movimiento de cifras en la abstracción. Sin ningún tipo de ingenuidad, podríamos preguntar: ¿existe una cantidad suficiente de dinero físico que soporte toda la cantidad de valor monetario guardado en los bancos?

Según lo dicho, el dinero pierde su referente material en tanto mero movimiento de cifras en operaciones financieras, y las palabras designan en ausencia de sus referentes objetuales en determinadas prácticas sociales. Esta comparación nos demandaría considerar como procesos paralelos la abstracción de las operaciones monetarias y lingüísticas en la actualidad, so pretexto del marco digital de intercambio y producción.

Otro ejemplo que podría presentarse a ese respecto es la transformación radical del ciclo de comunicación y difusión de información que impacta en el habla social. En este caso, lo instantáneo se conjuga con lo efímero: informar o estar informado implica reconocer (¿acaso leer, analizar y comprender?) un trozo de información transitorio y fluido que circula y se difunde por los teléfonos móviles. Hay un derroche de significados que los hablantes, consumidores de información, usamos sin obviar la precomprensión frágil de éstos.

Así, merced a la transformación digital, pensamos que actualmente se está produciendo una financierización del lenguaje, la cual consiste en el desplazamiento de la voz como el punto de enlace entre el significado, el cuerpo y los sentimientos implicados en todo acto de habla.

Esta financierización introduce ambigüedad y digresión en la relación de las palabras con las cosas. Fenómenos actuales como el linchamiento mediático, la infodemia o las denominadas *fake news*, noticias falsas, ejemplifican el funcionamiento de ambos aspectos. Como diría Félix Guattari, los microfascismos y las microviolencias se multiplican y desplazan, por ejemplo, vía las redes sociales: fabricar culpables o exentar responsables se torna algo teatral y deviene en espectáculo. El juicio social se vuelve escurridizo, banal y apresurado.

La infodemia, por ejemplo, sería ese efecto patógeno e ideológico que cae sobre la relación entre palabras y cosas cuando los hablantes requerimos de culpables, rostros que señalar, nombres que insultar o gente a quien juzgar para explicarnos y darle sentido a un fenómeno social o político. El lenguaje, en estos casos, nos habita de modo apresurado y sin sus remisiones históricas.

Por todo lo dicho, la repetición y reproducción constituyen esas bisagras que consolidan la relación entre palabras y cosas. Con la financierización del lenguaje, por un lado, esta relación se torna ingrátida, inestable y abstracta; por otra parte, merced a los algoritmos, tal relación funciona por automatismos.

Las posiciones ideológicas que surgen en este proceso de comunicaciones instantáneas y de financierización del lenguaje consisten en radicalizar la actitud natural y espontánea de los hablantes respecto de la lengua y sus mecanismos complejos implicados en la producción del sentido. Radicalizar, en este sentido, implica la continua sobreexposición de las relaciones ideológicas que los hablantes tenemos con la lengua.

Las denominadas Tecnologías de la Información y Comunicación (TIC) han hecho las veces de caldo de cultivo, si es válida la expresión, para que surjan posiciones novedosas omnipresentes de carácter ideológico. El habla social tiende a digitalizarse; la palabra, el cuerpo y los afectos tienden a disociarse. La voz, punto

corporal de unión entre sentido y lenguaje, cede ante el avance de la mirada ahora capturada entre pantallas.

Por esa pendiente, la pandemia mundial que surgió en 2019 arrojó a la humanidad a una situación generalizada que podríamos denominar confinamiento apantallado o confinamiento entre pantallas.

Este fenómeno —que está a caballo entre lo biológico, por el virus, y lo mediático, como el virus que se torna discurso, acontecimiento y noticia— ha acelerado un proceso de digitalización y mediatización “a distancia” de las palabras, los afectos y los valores que componen a las relaciones sociales y al cuerpo social.

La pertinencia de plantear la cuestión sobre los modos de habitarlos y pensarnos en el lenguaje, en el marco de los nuevos procesos de información y comunicación digitales, implica reconocer este nuevo devenir sociotemporal al cual hemos sido arrojados y, por tanto, interpelados.

Estos razonamientos, cabe aclararlo, no tienen por objeto practicar una crítica en el sentido más soso y elemental del término; al contrario, si se pretende poner de relieve de qué modo el lenguaje nos piensa y nos habita, es menester bosquejar¹ qué tipo de transformaciones acontecen en la actualidad, en la relación entre palabras y cosas, al concebir a los hablantes también como usuarios de dispositivos.

Si los nuevos procesos de comunicación se caracterizan por el anonimato, la disociación, la fragmentación y ciertos automatismos, la actitud crítica apuntalada desde y por la lengua debería situarse en el reconocimiento y la problematización de

¹ Estos razonamientos se presentan bajo esa condición dado que en los próximos años se desarrollará una investigación, so pretexto de estudios doctorales, donde se desarrollarán las principales aristas de la cuestión. Es, por tanto, un gesto de honestidad intelectual lo que nos invita a presentar de modo escueto e introductorio estas ideas. El proceso de investigación ya está en curso.

los usos y nuevos alcances de producción del sentido, en el marco de la creciente complejidad de los procesos de significación.

Concluyendo con este capítulo, consideramos que el lenguaje nos habita y nos piensa bajo los efectos patógenos de la aceleración propia de los nuevos ciclos informativos y comunicacionales de carácter digital. Esta condición es única en la historia humana debido a que los significados, las palabras y los términos adquieren un grado de circulación global merced a internet. Estamos, pues, ante posibilidades inauditas, pero no menos peligrosas por la complejidad y las múltiples aristas que se desprenden de los fenómenos implicados en tal devenir histórico.

Conclusiones

Sin la lengua ningún sentido podría ser pensado, compartido o creado. La lengua común, con su caudal de actos de habla, es el acontecimiento más cotidiano por medio del cual la razón viene al mundo y despliega sus potencias significantes en él.

De primeras, toda razón es razón parlante y común; todo sentido es significado en tanto que es hablado. El lenguaje es de quienes lo usan, pues todo uso y utilidad comienza por esa máquina que le da sentido a todo lo real y posible.

A lo largo de este texto, quisimos hacer hincapié en la existencia parlante propia de los seres humanos desde una perspectiva individual y colectiva. Para ello, recurrimos a una serie de dichos populares, frases o decires que permiten reconocer diversos niveles implicados en los actos de habla.

Nombramos de diversas maneras a esos niveles de implicación: posición ideológica, actitud natural y espontánea, ilustración verbal, actitud de familiaridad, actitud de enseñoreo, pausa y distancia crítica, disposición crítica y demás. El centro de gravedad en torno al cual giran todas ellas son los actos de habla, los intercambios lingüísticos y la multiplicidad de hablantes.

La fuerza de dicho centro de gravedad reside en reconocer cómo habitamos y cómo nos dejamos pensar, en tanto existencias radicalmente parlantes, a través de esas expresiones. Pasividad e intencionalidad se intercambian en los hablantes en esas frases; habitar y pensar es un constante ir y venir —un movimiento de oscilación entre significados— por el lenguaje.

A lo largo de los apartados del texto, quisimos poner en juego una idea: nuestros modos de pensar y hablar están coligados con nuestros modos de vivir y concebir la vida social y cultural. Cada palabra, en tanto apropiada y dicha, expresa el mundo que cada cual siente. Cada palabra expresa el semblante del hablante, ella envuelve afectivamente el mundo al nombrarlo.

Esa condición íntima, éxtima —más no personal ni mucho menos individual— aflora en el habla social en cada frase u oración que utilizamos para producir el sentido del mundo, de las cosas y de los seres.

Así, los dos primeros apartados de este trabajo se centraron en desarrollar un conjunto de razonamientos que exponen el funcionamiento impersonal del lenguaje y sus mecanismos básicos de producción de sentido.

El mundo se vuelve humano, en términos culturales, al ser nombrado; al nombrarlo se ha vuelto nuestro, ha salido del fondo indeterminado en que consiste el sinsentido. Habitamos y pensamos la lengua por los sentidos propios e impropios que nos permiten tener, asir o tomar lo real, los seres y las cosas.

En esa línea de reflexión, el habla social en su constante producción de sentido da lugar, gracias al ámbito histórico y social en que se mueve, a posiciones ideológicas, en tanto que todo decir se inserta en una cadena de cosas dichas y nombradas. Los hablantes que no advierten la filiación histórica y cultural de cada palabra asumen una disposición acrítica ante el lenguaje; eso tiende a producir posiciones ideológicas.

En suma, a todo *querer decir* precede un *se ha dicho*. *Se habla* es la oración que indicaría el elemento impersonal en el cual se formaría toda posición ideológica.

Cada frase, dicho popular o refrán se presentó con la intención de retratar la articulación —y la potencial desarticulación— de las posiciones ideológicas en el despliegue cotidiano del lenguaje. Los casos seleccionados no constituyen ejemplos

predilectos o únicos, sólo ponen en perspectiva nuestros modos de habitar y pensar a partir de los significados que laten en esas palabras.

Por otro lado, en el último apartado, pretendimos situar el movimiento general de reflexión de este trabajo, pensando la relación entre lenguaje y transformación digital.

El anonimato de los sujetos parlantes y de los objetos de referencia, así como la distancia entre ellos y la fragmentación en los espacios de comunicación, constituyen las nuevas notas definitorias de los procesos lingüísticos y, por tanto, del habla social.

Respecto a ello, la relación entre palabras y cosas fue puesta de relieve apelando a la migración de los significados hacia un espacio de sentido de carácter digital y con base en lo que hemos denominado financierización del lenguaje, esto es una disociación de palabra, cuerpo y afectos debido al desplazamiento de la voz y el carácter abstracto, sin referentes concretos, de los nuevos ciclos y procesos de comunicación e interacción.

Para cerrar, apuntemos tres consideraciones personales que mantengan abierta esta reflexión para expandir los horizontes de diálogo y razonamiento:

1. El lenguaje no es algo exterior a nosotros ni a las relaciones sociales. Nos pensamos y nos habitamos desde los sentidos que apropiamos, ya que las palabras se han vuelto nuestras para dar significado a nuestra existencia. Ceder a una palabra o a un concepto es ceder al mundo de significados que evocan con sus semblantes y afectos.
2. El pensamiento es la lengua en acción, como razón que confirma sentidos previos a la par de negarlos, repensándolos en la distancia crítica que el propio pensar abre entre las palabras y las cosas nombradas. De ningún modo se está condenado o determinado a vivir en las posiciones

ideológicas presentes en expresiones, decires y términos del habla social. Cada día, somos agentes y pacientes en el ir y venir oscilante y vertiginoso de la producción del sentido cuando se habla.

3. Usar la lengua implica situarse en medio, en una suerte de devenir o caudal de significados encadenados histórica y culturalmente. Ningún hablante ha hecho comenzar al lenguaje; ninguna existencia parlante lo hará finalizar. Es una compleja y ambigua paradoja de la lengua: principia en la repetición; el hablar se hace desde un exceso previo que sustrae todo inicio y todo centro.

Por todo lo dicho, si este texto se sitúa en esa cadena de significados que discurre cada día por el habla social, se requiere apelar a los otros como posible inicio de otra repetición de significación y de sentido.

No queda más que considerar lo que viene en los horizontes de sentido que pretendió abrir este texto. Después de este recorrido, preguntémosnos: ¿qué dichos, frases o expresiones nos piensan y nos habitan? ¿qué sentidos hemos apropiado, queriendo o no, para reconocer lo que somos, lo que habitamos y pensamos? ¿De qué modo la lengua y sus palabras rodean y surcan nuestros silencios, murmullos y elucubraciones pretendientes de sentido? ¿Cómo hemos logrado forjar un sentido, una dirección o una posibilidad vital gracias a las palabras con las que nombramos y somos nombrados? Sobre todo, ¿quién es en la lengua ese “yo” o ese “tú” al que pienso y habito como el lector, mi par y el otro al mismo tiempo?

Referencias

- Austin, J. (2018). *Cómo hacer cosas con palabras. Palabras y acciones*. Editorial Paidós.
- Barthes, R. (1999). *Mitologías*. Siglo XXI Editores.
- Barthes, R. (2011). *El placer del texto seguido de Lección inaugural de la cátedra de Semiología Literaria del Collège de France, pronunciada el 7 de enero de 1977*. Siglo XXI Editores.
- Benveniste, É. (1971). *Problemas de lingüística general I*. Siglo XXI Editores.
- Benveniste, É. (1977). *Problemas de lingüística general II*. Siglo XXI Editores.
- Berardi, F. (2014). *La sublevación*. Surplus Ediciones.
- Deleuze, G. y Parnet, C. (1980). *Diálogos*. Pre-textos.
- Derrida, J. (1985). *La voz y el fenómeno. Introducción al problema del signo en la fenomenología de Husserl*. Pre-textos.
- Derrida, J. (1994). *Márgenes de la filosofía*. Ediciones Cátedra.
- Derrida, J. (2001). *¡Palabra! Instantáneas filosóficas*. Editorial Trotta.
- Escalante, F. (2015). *Historia mínima del neoliberalismo*. El Colegio de México.
- Foucault, M. (2012). *Un peligro que seduce*. Cuatro ediciones.
- Foucault, M. (2016). *El orden del discurso*. Editorial Tusquets.
- García, A. (1993). *Hablando de lo que habla. Estudios de lenguaje*. Editorial Lucina.
- Guattari, F. (1976). *Psicoanálisis y transversalidad. Crítica psicoanalítica de las instituciones*. Siglo XXI Editores.
- Lacan, J. (2001). *El seminario de Jacques Lacan. Libro 1. Los escritos técnicos de Freud, 1953-1954*. Editorial Paidós.

Lacan, J. (2009). *Escritos 1*. Siglo XXI Editores.

Saussure, F. (1945). *Curso de lingüística general*. Editorial Losada.

Trubetzkoy, N. (2019). *Principios de fonología*. El Colegio de México.

Villoro, L. (2019). *La revolución de Independencia*. Fondo de Cultura Económica.



Los decires que nos piensan y nos habitan.
Sentido e ideología en la lengua común, de Carlos
Rodrigo Vázquez Valdés, se terminó de editar
en agosto de 2022, en Toluca, Estado de México.
Para su formación se usó la familia tipográfica
Kievit, de Michael Abbink & Paul van der Laan, de
la Fundidora Font Font. Diseño y formación: Jesús
Daniel Pichardo Vargas. Cuidado de la edición:
Erika Yanet Medina Trinidad y el autor. Editores
responsables: Alejandro Pérez Sáez y Jorge
Eduardo Robles Alvarez.

Pocas veces pensamos en las ideas que guían nuestra conducta o lo que decimos para confirmar creencias que sostienen nuestras decisiones. Pareciera que el vínculo entre pensar y hablar es natural y poco o nada hay para cuestionar; sencillamente, decimos lo que pensamos y sentimos, y así conducimos nuestra vida en lo que parece el uso de nuestra libertad.

Carlos Rodrigo exhibe la supuesta neutralidad del lenguaje al revelarnos que la realidad está mediada por la lengua; que las palabras cuadrículan el pensamiento, evocan un modo de vivir y enuncian juicios personales, aun cuando no son tan “nuestras”, pues aceptamos y repetimos sentidos previos, es decir, afirmaciones transmitidas en el habla histórica y cultural donde participamos.

“El que no transa no avanza” es uno de los refranes populares que ilustra la manera como nos piensa y habita la lengua, con una ideología que descubre el abuso, perjuicio, robo y engaño. El uso de este tipo de frases refleja un oportunismo individualista que autodenigra y aleja del ejercicio honrado de la inteligencia y del lenguaje.

Así, el joven autor invita a “rehabitar el lenguaje para acceder a otros modos de pensamiento y vida”, es decir, a tomar distancia de las palabras y los hablantes, a buscar otras frases y expresiones para crear sentido o recuperarlo; invita a pensar, como acción vital que ensancha horizontes de diálogo y razonamiento.